

conocía que Semprún describió a los comunistas franceses como «sin duda, los más brutos, los más hipócritas y los más siniestros de todos los marxistas».

A pesar de todo lo que decía de forma clara, no era un «panfleto» furiosamente anticomunista: había también un examen sutil de la naturaleza de la memoria. En *Autobiografía de Federico Sánchez*, Semprún trató la memoria como una serie de muñecas rusas que se abrían mostrando otras; en *Quel Beau Dimanche!*, como volutas flotando en torno al pilar central del libro: «Le putain de Dimanche de merde» («ese maldito domingo de mierda»). Ese día en la vida de Federico Sánchez fue un domingo a finales de diciembre de 1944 en Buchenwald. Un bonito día de invierno en el cual la blanca quietud de la montaña de Ettersberg, donde Goethe caminó con Eckermann, era interrumpida solo por la estrecha columna de humo que ascendía del crematorio del campo y por las noticias, que se oían en radios ocultas, de que el ejército británico estaba aplastando a la izquierda griega. Las memorias de ese día son contrapuestas con memorias de encuentros posteriores con camaradas del campo. Gradualmente, las capas de recuerdos construyen una imagen plausible de la transición del gran revolucionario de 21 años en 1944 al amargado

novelista de 1980. Al contraponer las memorias de Jorge Semprún, Gerard Sorel y Federico Sánchez, *Quel beau dimanche!* proporciona una descripción fragmentada, pero básicamente convincente, de esa experiencia.

Siguiendo en su forma de escritura la estela de su anterior biografía (*Consistencia de la Mora. Esplendor y sombra de una vida española del siglo XX*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008), la explicación elegante y reveladora de Soledad Fox muestra todo esto y mucho más. Esta biografía, claramente escrita, recrea e interpreta las extraordinarias vidas y obras de Jorge Semprún y recuerda al público español su importancia. Se retrata de forma convincente y amena una biografía que abarca la guerra civil española, la resistencia francesa, el universo concentracionario nazi, las luchas clandestinas del Partido Comunista de España contra la dictadura de Franco, los círculos literarios y cinematográficos europeos de los años 60 y 70 y la transición española a la democracia. Semprún fue un hombre cuya muerte, como Soledad Fox demuestra, significó la desaparición de «una de las principales figuras intelectuales y políticas» (p. 13), y testigo clave, del siglo XX y comienzos del siglo XXI.

Paul Preston

London School of Economics and Political Science
P.Preston@lse.ac.uk

GÁLVEZ BIESCA, Sergio, La gran huelga general. El sindicalismo contra la «modernización socialista», Madrid, Siglo XXI, 2017, 763 págs., ISBN: 978-84-323-1670-8.

Con el trigésimo aniversario del 14D a la vuelta de la esquina, aquel día en

que según Chema de la Parra, a la sazón secretario de organización de CC.OO.,

«pararon hasta los relojes», ya cuenta con una monografía tan voluminosa —y nunca mejor dicho— como la que tenemos entre manos. Probablemente, en el plano descriptivo, en un ejercicio casi de *thick description*, nos encontramos ante la obra definitiva sobre la huelga general. Un contundente aparato crítico y un profundo trabajo heurístico apuntalan el estudio. Siempre resultará posible, obviamente, interrogar de forma diferente a las fuentes. Sin embargo, y salvo, quizás, algunas cuestiones sobre las que volveré más adelante, cualquier aportación en este mismo sentido dispondrá de una referencia ineludible en el trabajo de Gálvez. Más allá de posibles debates hermenéuticos, por lo tanto, la tildada por el autor como la «gran huelga general» ya dispone de la obra de referencia que inmortaliza una efeméride que conforma la memoria reciente del sindicalismo español, pero no solamente.

Desconozco los términos exactos de la recepción del libro, sobre todo desde una perspectiva cuantitativa. Ahora bien: a juzgar por la cantidad de actos de presentación y la afluencia a los mismos, parece evidente que ha suscitado interés y ha sido capaz de generar cierto debate público. Debate no siempre fácil —como suele ocurrir con lo que el ya fallecido profesor Julio Aróstegui llamaba «historia vivida»— y en donde a menudo se entremezclan, cuando no chocan, las diferentes perspectivas con las que historiadores y testimonios directos tratan de aprehender el mismo fenómeno. A quienes cultivamos este campo de la disciplina de Clío, esta dimensión polémica constituye un reto que asumimos gustosamente, conscientes de que el diálogo honesto —lo que por desgracia, no siempre abunda en nuestro país— y los progresos episte-

mológicos son «aliados necesarios», por utilizar la expresión de Marcelino Camacho. Asumimos, en definitiva, parodiando al judío de Tréveris, que «la tradición de todas las generaciones VIVAS opriime como una pesadilla el cerebro de los vivos».

No cabe despreciar tampoco el interés que el libro ha suscitado entre las cohortes de jóvenes que, como el que suscribe, apenas contábamos con unos meses de vida cuando tuvo lugar el acontecimiento (con todo el sentido histórico del término). Generaciones para las que, en todo caso, la huelga forma parte de nuestra posmemoria y cuyo eslogan, «Juntos podemos», remite a acontecimientos mucho más recientes. ¿Cuáles podrían ser los motivos de este resucitado interés por un campo de la historiografía, como es el de la historia social o del movimiento obrero, cuando se ha insistido hasta la saciedad en su pérdida de *sex appeal*?

Se podría constatar la sucesión de una suerte de ciclos de conflictividad social en la historia reciente. En este sentido, a partir del 68 comenzó a teorizarse sobre «el resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental». Ciertamente, a lo largo de una década se experimentó un auge de luchas obreras proteiformes y, en algunos casos, radicalizadas que desbordaron las organizaciones «clásicas» del movimiento obrero. Para el caso de España, aunque se habló en términos semejantes («el resurgir del movimiento obrero», según el célebre panfleto de Sartorius), resulta obvio que el marco político condicionó el desarrollo de este «nuevo» movimiento obrero que habría de jugar un papel fundamental en la conquista de las libertades democráticas. Veinte años más tarde, Antonio Gutiérrez, en enero de 1989, transcurrido un mes de

la huelga, pronosticó, con un tono ciertamente optimista, la apertura de un ciclo de movilizaciones semejante a aquel cuyo aldabonazo fue el mayo francés del 68 que, sin embargo, jamás llegaría a producirse en esos términos. Lo que no es óbice, como señala Gálvez, para que tengamos que introducir la variable del conflicto de clase para comprender los años ochenta y hasta noventa del siglo pasado. Pues bien, dos décadas después —¡Y qué dos!—, allá por el 2008, lo que había salido por la puerta, volvió a entrar por la ventana: tres huelgas generales de ámbito estatal en dos años, una conflictividad socio-laboral contracíclica, nuevas formas, sujetos y repertorios de acción colectiva en el campo del trabajo, etc. Quizás sea este el humus sobre el que está floreciendo el renovado interés acerca de nuestra historia social reciente.

La propuesta de Gálvez, un auténtico «irredento» de la historia social y del movimiento obrero, resulta diáfana: revisitar el período de los primeros gobiernos socialistas desde la perspectiva del movimiento obrero y sindical. ¿Por qué? Para conjurar el relato que sublima aquella «década del cambio», eslogan que se ha consolidado en el imaginario colectivo (por lo menos de ciertas cohortes demográficas), a través de desentrañar el «sentido histórico» de la mayor huelga general que ha tenido lugar en democracia. La huelga como, en definitiva, la culminación de una corriente casi subterránea que expresaba un profundo malestar con la política económica y, especialmente, con un estilo de gobierno percibido como arrogante y alejado de lo que cabría esperar de un ejecutivo progresista. Es decir, aunque el relato se hilvana alrededor de aquel 14 de diciembre de 1988, la huelga aparece como «síntoma»,

como respuesta a un proyecto de «modernización» guiado por los consensos neoliberales. En otras palabras, basado en eliminar «lastres» y «rigideces» presentes en el mercado laboral, lucha contra la inflación, reducción del déficit público, liberalización económica de la mano de privatizaciones y ajuste de la capacidad instalada vía la mal llamada reconversión industrial; repliegue de la iniciativa pública y, como estrategia casi exclusiva, una política de rentas que persigue restaurar el excedente empresarial, confiando a la iniciativa privada y a los mecanismos de mercado —todos ellos una suerte de *deus ex machina*— el impulso inversor capaz de hacer frente de forma perentoria al gran problema social de la historia de la democracia: el paro.

Gálvez rescata, en primera instancia, la entidad y agencia del conflicto. Y no sólo del conflicto social en términos generales, sino el derivado de uno de los sujetos cuya estela parece desvanecerse, como por arte de magia, después de la transición: el movimiento obrero y sindical. Imbuidos de «presentismo» a menudo perdemos de vista la relevancia política, expresada por ejemplo en términos de cobertura mediática, de la que disfrutaba el movimiento sindical en la España de los ochenta. Si bien es cierto que la construcción del poder sindical se dio en una coyuntura harto diferente a la de otros países de Europa occidental (lo que Javier Tébar ha llamado, acertadamente a mi parecer, *contra-ritmo*), en la que la conquista y desarrollo de las libertades democráticas transcurrió —y, se ve dificultada— por la construcción de una nueva hegemonía neoliberal, sorprendería a cualquier observador actual la incidencia de este actor colectivo en aquel período. En este sentido, no resultaba extraño que

los dos secretarios generales de las grandes confederaciones sindicales, CC.OO. y UGT, figuraran en rankings de los diez españoles más influyentes. Aquí encontramos una de las primeras grandes virtudes del trabajo de Gálvez: el de rescatar el papel de «bastión de la izquierda» del movimiento sindical en un momento de crisis de las diversas formas de la izquierda política, larga y progresiva en el caso de la socialdemocracia en el poder, más repentina y sonora en el caso de las formaciones de la izquierda comunista en sentido amplio.

En efecto, el movimiento sindical fue la punta de lanza, el ariete crítico, que trató, infructuosamente, de enfrentar un nuevo sentido común de época cada vez más escorado hacia posiciones conservadoras. Y, como señala el autor, fue ninguneado, ridiculizado y hasta perseguido, en dimensiones semejantes a la ofensiva antisindical de Thatcher (sobre todo si la medimos en términos de proporcionalidad frente a un poder sindical mucho menor que el conquistado por el movimiento obrero británico). Este escollo que hubieron de enfrentar los diferentes ejecutivos socialistas, que trataban de imponer un «suicidio forzado de clase», se trató de superar instalando, frente a la agudización del conflicto de clase en los ochenta, en el imaginario colectivo la idea de unos sindicatos frenos de la modernidad, corporativos, egoístas, arcaicos, etc; no les tembló el pulso siquiera a la hora de recurrir al sobado anticomunismo de resonancias franquistas, como atestigua con especial virulencia la huelga general del 20 de junio de 1985. Para ello, contaron no sólo con la aquiescencia de la derecha política, sino que a dicha defenestración de unos actores colectivos reconocidos

constitucionalmente colaboraron importantes segmentos de las *fuerzas vivas*. La ofensiva del gobierno, patronal, medios de comunicación y no pocos sectores de la intelectualidad española, primero contra CC.OO., luego también contra UGT cuando ésta haya abandonado el redil, es, sin embargo, la crónica de un fracaso, como atestigua el carácter masivo del paro. De hecho, catapultaron la convocatoria, nos recuerda Gálvez.

La huelga desbordó ampliamente a unos sindicatos que habían sido tildados de débiles, cuya representatividad no dejó jamás de ser cuestionada y, aún peor, su legitimidad se contraponía, de forma un tanto torticera, a la emanada de la soberanía popular cuyo *locus* se encontraba en las Cortes. La construcción de este relato, y esta es una dimensión que Gálvez conoce bien, transcurre en paralelo a un alejamiento del PSOE de lo que, según el modelo socialdemócrata, habría sido la base social natural y apoyo fundamental para su proyecto de gobierno: el sindicalismo y, más concretamente, la UGT (que en 1988 cumplía, precisamente, un siglo). Esta orientación se consumó en el XXXII Congreso de noviembre de 1990, después de abandonar el extraño intento de *bypass* de la central socialista, con representantes directos del partido en las fábricas, maniobra que mereció un editorial de *El País* desaconsejándola (cuyo elocuente título era «Escupir sobre el espejo»). En este sentido, la huelga general supuso una estocada importante al proyecto socialista, que se mantuvo, pero sufrió un largo proceso de descomposición. Un trance que fue lento gracias a la incomparabilidad de alternativas deseables y al espantajo, tan hábilmente agitado por la dirección socialista, de un hipotético adveni-

miento de la derecha y sus nefastas consecuencias.

La huelga, por lo tanto, no aparece como una seta. Gálvez, en su relato, muestra cómo responde a dos procesos que transcurren en paralelo. En primer lugar, el estilo autoritario y la agenda neoliberal de los socialistas en el poder. Esta actitud que generó una sensación extendida de desencanto que se expresó en el estallido de conflictos sociales y movilizaciones masivas como la campaña en torno al referéndum de la OTAN, la lucha contra la reconversión (durante la cual, hay que recordar, todavía morirían obreros en las calles), las protestas contra el paro y la crisis o un creciente abstencionismo electoral. En segundo lugar, la construcción de la unidad sindical, de un repunte de la movilización obrera, notablemente a partir de 1987, hasta el cacareado *autunno caldo* de 1988 que desemboca en la huelga general. Una acumulación de luchas por lo tanto que, junto al distanciamiento de la UGT primero, y la ruptura de la «familia socialista» después, produjo el cambio de correlación de fuerzas que permitió el 14D. Sin olvidar, por supuesto, el papel detonador que tuvo el Plan de Empleo Juvenil (PEJ).

Los análisis del PEJ (o quizás cabría decir los PEJs, atendiendo a los múltiples proyectos que se suceden el uno al otro durante 1988) permiten a Gálvez desplegar sus análisis desde la perspectiva del *iusticialismo* crítico. En efecto, como termina por hacerse evidente, el PEJ mostró a qué intereses respondía la política del gobierno, bastante alejados del de sus bases sociales y electorales. Interclasista en su gestión, de izquierdas en sus objetivos, como ironizó Vázquez Montalbán. El plan, que según UGT «sobrepasaba cualquier

límite moral», situaba al PSOE en el ala más liberal de la Internacional Socialista, permitiendo a los empresarios contratar a jóvenes de forma subvencionada. ¿El coste para estos? El módico precio de unas 44.000 pesetas anuales, el equivalente a un salario mínimo. La reacción es conocida: la convocatoria del paro, ese término *polite* que tenían los sindicatos para llamar a la huelga general (por lo menos en público), conjurando las reminiscencias insurreccionales que el término pudiera arrastrar.

Superado el ecuador del libro, Gálvez comienza un rico relato diacrónico que, salvando las distancias evidentes en cuanto a la trascendencia del acontecimiento, pudiera recordarnos de alguna manera y en términos narrativos a la obra de John Reed *Diez días que estremecieron al mundo*. Realmente consigue transmitir un ritmo que, a menudo, se adivina frenético. Por un lado, las estructuras sindicales, tensinadas, comienzan a organizar la huelga, mientras que por el otro, como el autor ha podido demostrar con documentación del Archivo General del Ministerio de Interior y de la Oficina de Comunicaciones y Relaciones Institucionales, se desata una campaña contra la misma, con dictamen del Consejo de Estado incluido. Por no hablar de la campaña mediática, de plumas y mandarines diversos, contra la convocatoria, evocando, a menudo, paisajes apocalípticos; o la batalla dentro de UGT, en la que Redondo tuvo que afianzar su liderazgo en una organización que, hasta entonces, había tendido a la unanimidad, sin grandes sobresaltos orgánicos. Una convocatoria contra una medida concreta como fue el PEJ, pero también contra una política económica, tratará de ser enmarcada como una huelga política contra un gobierno democráticamente legítimo.

camente elegido. El *leitmotiv* de los relatos acerca de la inconveniencia de la huelga, lo constituye una constante apelación a la falta de madurez democrática de la sociedad española, además de la sospecha de mil y un intereses espurios. Todo resulta en balde: la huelga es un éxito, los sindicatos, además, ganarán la batalla del relato, algo sobre lo que gobiernos posteriores tomarán buena nota.

Se pueden realizar —y se han hecho— algunas reservas críticas acerca del libro. *Peccata minuta*: hay una confusión en cuanto a la conceptualización de la flexibilidad externa, que Gálvez define como la relativa a la entrada al mercado de trabajo, cuando esta hace referencia a los mecanismos de ajuste empresarial vía extinción de contratos (numérica) y sus condiciones y costes (es decir, funcional, vía externalizaciones y subcontrataciones). En diversas ocasiones, se ha criticado la falta de tratamiento del papel que desarrolló CC.OO. Es cierto que el relato hegemónico, sobre todo mediático, tiende a minusvalorar el papel de la central, generando cierto desasosiego entre militantes, cuadros y dirigentes. Asimismo, lo es que el autor podría haber profundizado más en la genética de la huelga desde la perspectiva de Comisiones. Sin embargo, dicha aproximación casi podría ser objeto de una monografía propia. En este sentido, si bien los documentos citados del Archivo de Historia del Trabajo, más concretamente de los subfondos de órganos confederados, no superan las dos decenas, Gálvez ha tenido acceso a apuntes y ha podido entrevistar a Agustín Moreno, secretario de acción sindical y factótum en el proceso de organización de la huelga. Otro tanto podría decirse de la denominación «sindicato comunista».

En concreto, ha sido Antonio Gutiérrez, secretario general de CC.OO. por aquel entonces, quien ha criticado su uso. Sin embargo, Gálvez utiliza con mayor frecuencia la de «sindicato de mayoría comunista», propuesta interesante y que se correspondería a un análisis de la adscripción y militancia política de buena parte de la dirección, abrumadora en el caso de la confederal. Los intentos de «descomunización» de CC.OO. cuando analizamos la década de los ochenta corren el riesgo de caer en una lectura *presentista*, tanto como las que tratan de caracterizar al sindicato como una organización simple «correa de transmisión» del PCE. Por suerte, la realidad es más compleja, pero no siempre bien recibida desde ciertas lecturas patrimoniales o autojustificativas (fenómeno especialmente recurrente para el caso de Comisiones Obreras, en uno u otro sentido).

Otra de las observaciones que se ha realizado al libro es la de tener un final quizás demasiado abrupto, en el que las conquistas de la huelga no consiguen visibilidad suficiente. Si bien es cierto que unas conclusiones podrían haber colmado estas demandas, también lo es que el autor, a lo largo del libro, expone ciertas claves interpretativas en este sentido. Otra cuestión es que se esté más o menos de acuerdo. Es evidente que la huelga fue un éxito, sin embargo observadores contemporáneos, como Jesús Ibáñez, apuntaron las posibilidades de una posterior frustración, de una «salida de caballo andaluz y parada de burro manchego». El significado histórico de la huelga, obviamente, es un campo en disputa, así como sus consecuencias. Muy probablemente sea cierto que se perdió un tiempo precioso en los meses posteriores, que Redondo lamentó no haber mantenido el pulso

con otra convocatoria, que ciertos sectores tuvieran la sensación de dilapidar un valiosísimo capital acumulado en las semanas anteriores —pero también posteriores— al paro; como también lo es que el programa sindical más tarde plasmado con la Propuesta Sindical Prioritaria, y las negociaciones abiertas, a pesar de la actitud intransigente del gobierno, dio sus frutos y recogió algunas de las reivindicaciones sindicales, del »giro social», por no hablar de la retirada del PEJ o la profundización en la unidad de acción entre los sindicatos, que permitió avances en la negociación colectiva de 1989, la primera con plataforma unitaria desde 1979.

De todos modos, como afirma Gálvez, la huelga convocada por los sindicatos, que desbordó ampliamente a estos deviniendo una huelga «popular», casi ciudadana, con una clara dimensión política y que suscitó el apoyo desde futbolistas a policías pasando por la juventud organizada, en el mejor de los casos consiguió posponer la agenda neoliberal. Los sindicatos tuvieron la habilidad no de entrar en sintonía con un estado de opinión, sino que, como demuestran algunas encuestas, tuvieron la capacidad de modular y de promover las actitudes críticas hacia la política socialista. Quizás nos encontramos ante el céntit del poder sindical en España. Frente al nuevo prestigio recabado por los sindicatos, se produjo lo que Gálvez ha llamado un «pacto de Estado no explícito», entre enero y febrero de 1989, basado en un blindaje de las políticas económicas por una lado y, por el otro, el cierre a cualquier propuesta o posible desarrollo en un sentido democratizador, reafir-

mando el monopolio del ejercicio de la soberanía en los partidos representados en las Cortes, abortando cualquier posibilidad de desarrollo en el sentido de transitar hacia lo que algunos constitucionalistas llaman una *democracia corporativa de cogestión*: en la que se articulan mayores mecanismos de intervención política desde la sociedad civil y los movimientos sociales (aunque la creación del Consejo Económico y Social pudiera parecer un paso en este sentido).

Peter Burke consideraba válido el ejercicio de la microhistoria siempre y cuando esta situara su objeto en lo macrosocial, cuando las experiencias se pusieran en relación con las estructuras, alejado de lo anecdótico o pintoresco. Pues bien, creo que la aportación de Gálvez encaja perfectamente en esta concepción. La huelga, el acontecimiento, se convierte en un espejo de la sociedad española. Por un lado, permite valorar la madurez democrática de una sociedad frente a la huelga. En un ambiente de «pura normalidad democrática», los trabajadores y trabajadoras movilizados, así como la ciudadanía en general, dieron muestras de una «altura democrática muy superior a la que han demostrado nuestros gobernantes». Y es que, efectivamente, buena parte de la clase dirigente española quedó retratada, porque como afirmó Manolo Vázquez Montalbán, a un mes vista de la huelga en *El País*: «Contra el paro general, el Gobierno va a movilizar el recelo, la cobardía, el «sanchopancismo» social, y si fracasan estos agentes culturales se recurrirá a otro. El orden no es de derechas ni de izquierdas. El orden es el orden».

— Joan Gimeno i Igual

Universitat Autònoma de Barcelona

Joan.gimeno@uab.cat